

ALTHAUS, CLEMENTE (1835-1881)

ANTIOCO

PERSONAJES

SELEUCO, rey de Siria

ANTIOCO, su hijo

ERASISTRATO, médico

NICANOR

ESTRATONICE

OLIMPIA

Damas, guardias y acompañamiento

La escena pasa en Antioquia

ACTO PRIMERO

La llegada

El teatro representa una gran sala del palacio de Seleuco

Escena I

SELEUCO y ERASISTRATO

ERASISTRATO

Se acerca la hora dichosa,
gran Señor, de conocer
a la celestial mujer
que escogisteis por esposa:
si con amor tan ardiente
la adoráis sólo por fama,
¿Cómo arderá vuestra llama,
cuando la tengáis presente,
y os miréis dueño y señor
de la beldad más divina

que os miréis, miento imagina
y que codicia el amor?
el retrato es celestial,
y a Venus envidia diera:
pues, si al retrato supera,
¿cuál será el original?

SELEUCO

¡Quién como yo afortunado,
si, cual tu labio lo dice,
es más bella Estratonice
que tan divino traslado!
Aunque es tan bella esa cara
que más belleza no anhelo,
bastándome que el modelo
al retrato se igualara.

ERASISTRATO

Suele un pintor, al copiar
una bella criatura,
aumentarle la hermosura
y copiarla sin lunar.
Pero aquí vencido el arte
Dijo a la naturaleza:
«En tan perfecta belleza
es imposible igualarte.»

SELEUCO

Basta, amigo: no así añadas
más ardor a la impaciencia
con que anhelo la presencia
de sus gracias adoradas.
Digo en vano al corazón
que el momento está cercano
y a mi ciego anhelo insano
los instantes si los son.
de sus gracias adoradas.
Digo en vano al corazón
que el momento está cercano
y a mi ciego anhelo insano
los instantes siglos son.
De su vida perder creo
los segundos que la aguardo:
¡Quién pudiera al tiempo tardo
dar las alas del deseo!
Por qué, si afán tan prolijo

me cuesta esperarla aquí,
¡por qué yo mismo no fui,
en vez de mandar a mi hijo!

ERASISTRATO

Bien pronto aquí la veréis,
y su estupenda hermosura
os pagará con usura
cuantas ansias padecéis.

SELEUCO

Mas quizá te maravilla
que, ya cano mi cabello,
doble aún el regio cuello
al que cielo y tierra humilla,
después que tanto tributo
pagué de Amor a las aras,
y de tres esposas caras
vistió mi dolor el luto.
Pero el trono más altivo
donde Amor jamás se sienta
es una tumba opulenta
donde un rey se entierra vivo;
y del amor sin las flores,
la corona más luciente
despedaza nuestra frente,
cual abrojos punzadores.
Mas ¿qué digo? cosa es clara
que no juzgues insensato
el ardor, Erasistrato,
que mi labio te de lara:
Que, aunque, del sabio mayor
merecida fama goces,
por experiencia conoces
tú también lo que es amor;
y en su llama generosa
tan cumplidamente ardiste,
que a una ciudad preferiste
la posesión de tu esposa.

ERASISTRATO

Y de ello no me arrepiento,
que por tan cara beldad,
cual desdeñé una ciudad,
desdeñado hubiera ciento.
Con tan alta posesión

nada envidio ni ambiciono,
porque vale más que un trono
ese noble corazón;
y en su amor casto y profundo
donde soy rey absoluto,
hago cuenta que disfruto
todos los tronos del mundo.
Pero de pasos, Señor,
se siente un rumor vecino:
sin duda la reina vino:
alguien entra: es Nicanor.

Escena II

Dichos y NICANOR

SELEUCO

¿Cómo así, Nicanor, solo
a nuestra presencia llegas?
¿Dónde al príncipe dejaste?
¿Dónde ha quedado la reina

NICANOR

Vuestra majestad, Señor,
le dé para hablar licencia
al que viene mensajero
de poco felices nuevas.

SELEUCO

Habla al punto, que no es más
lo que tú decirme puedas
que lo que es fuerza que el alma
con tan triste anuncio tema.

NICANOR

El príncipe vuestro hijo,
a cuyo celo y nobleza
confiasteis el alto cargo
de acompañar a la reina,
en la corte de Demetrio
dio tan señaladas muestras
de ser en todo, oh gran rey,
un trasunto y copia vuestra,
que, al punto prendados todos

de sus soberanas prendas,
hubo en hacerle agasajo
universal competencia.
Mas poco a poco se fue,
sin que la causa se sepa,
advirtiéndolo en su semblante
una profunda tristeza.
Y este misterioso mal
fue creciendo de manera,
que la tristeza del alma
fue ya del cuerpo dolencia.
Adoleció algunos días
sin que jamás consintiera
que de su estado mandaran
a vuestro oído las nuevas;
y atribuyéndolo todo
al dolor de vuestra ausencia,
aseguró que su alivio
volver a sus lares era.
Púsose en marcha por fin
acompañando a la reina:
y procurando vencerse
con heroica resistencia,
logró mostrar pocos días
más serenidad y fuerzas,
atento sólo al cuidado
de quien cual madre venera.
Mas en vez de ir en aumento
mejora tan halagüeña,
mientras nos íbamos viendo
de nuestra patria más cerca,
era mayor cada aurora
del príncipe la funesta
profunda melancolía,
y más mortales las señas.
Al fin cuando de Antioquía
tocamos casi las puertas,
le acometió el mal usado
con tan tirana violencia,
que, dudosos de su vida,
temimos que ni siquiera
lograra llegar a verse
en vuestra ansiada presencia.
Al fin recobró el sentido
y hasta aquí a venir se apresta
con la reina que en cuidarle

cual hijo vuestro se emplea.
Y yo, Señor, he venido,
pues dile los sepáis es fuerza,
a preparar vuestro pecho
a vista tan lastimera.

SELEUCO

¡Ay! Erasistrato amigo,
¡Quién creyera, quién creyera
que a una tan viva alegría
iba a suceder tal pena!
¡Mi hijo a la muerte cercano
mi Antioco, mi bien! ¡oh fiera
desdicha! ¡oh dolor horrible
adonde ninguno llega!
Solo en ti, oh Erasistrato,
solo en ti mi amor espera:
salva a mi hijo, salva a Antioco,
pues alcanzas tanta ciencia.

ERASISTRATO

Tened fe que haré, Señor,
cuanta humana ciencia pueda,
que amo al príncipe vuestro hijo
como a un hijo amar pudiera.

SELEUCO

¡Ah! Volemos a encontrarle,
ni un instante ya se pierda:
vamos pronto, Erasistrato.
¡Hijo mío!

ERASISTRATO

Mas él llega.

Escena III

Dichos, ANTIOCO, ESTRATONICE, OLIMPIA y acompañamiento

SELEUCO Ven a los brazos de tu padre amante,
hijo (Aparte ¡Quién hay que tal dolor resista?
a la muerte retrata su semblante)
(A ANTIOCO) ¡Cómo vienes?

ANTIOCO

Mejor: sólo tu vista
a volverme la vida era bastante.

SELEUCO

Y vos de Siria y de mi amor Señora,
(A ESTRATONICE) Perdonad hoy a la desgracia mía,
si un pecho que os acata y os adora,
al ver vuestra beldad deslumbradora,
así mezcla el dolor con la alegría.
Sólo el pesar de ver en tal estado,
presa de un mal tan bárbaro y violento
a un hijo tan amante como amado,
pudiera haber en mí contrapesado
de vuestra vista el celestial contento.
¡Cuán dichoso seré, si juntamente
logra dos altos bienes mi deseo:
ver la salud de Antioco floreciente
y coronada mi pasión ardiente
con los lazos felices de himeneo!

ESTRATONICE

Yo también, gran Señor, con el contento
de ver al que ya es rey de mi albedrío
el más vivo dolor mezclado siento,
al ver la postración y abatimiento
de un hijo ya tan vuestro como mío.
¡Qué cuenta os doy de un hijo tan amado!

SELEUCO

¡Ah! quién pudo temer que así volviera!

ESTRATONICE

El estar de vos lejos le ha enfermado,
y así espero, Señor, que a vuestro lado
volverá presto a la salud primera.

SELEUCO

Esa esperanza mi dolor mitiga:
pero es tiempo, querido hijo del alma,
que del penoso viaje la fatiga
alivie el sueño con su mano amiga:
ven a gozar su bienhechora calma.

ANTIOCO

No, mi padre y señor: ya ni un momento

he de quedarme aquí, y con el permiso
que me concedas, otra vez me ausento.

ESTRATONICE

(¡Oh cielos! ¿Cuál será su pensamiento?)

ANTIOCO

Al punto partir déjame: es preciso.

SELEUCO

¡Oh dioses! ¡Qué escuché! Llegas apenas
y quieres separarte de mi lado:
¿No es la ausencia la causa de tus penas?
A una muerte segura te condenas
partiendo, hijo del alma, en tal estado.

ANTIOCO

Al contrario, Señor: mi fin es cierto,
si partir no me dejas brevemente;
sólo partiendo mi penar divierto:
si me amas, si no quieres verme muerto,
hoy mismo, hoy mismo mi partir consiente.

ESTRATONICE

(¡Qué mal mis ansias refrenar consigo!)

SELEUCO

Tú, cuya ciencia lo más hondo sabe,
(Ap. a ERASISTRATO) Dime ¿qué es esto Erasistrato, amigo?

ERASISTRATO

Si la verdad, oh gran Señor, os digo
(Ap. a SELEUCO) Es cuanto miro misterioso y grave.

SELEUCO

De tu mal el exceso riguroso
es quien causa ese ciego desvarío.

ERASISTRATO

Estáis necesitado de reposo.

SELEUCO

Obedece a tu padre cariñoso:
Ven a tu lecho, ven, pobre hijo mío.

ANTIOCO

¡Ay padre! ¡Tú me matas! ¡Tú en mi daño
te conjuras, mis penas acreciendo!

ESTRATONICE

(Mi rostro en llanto, mal mi grado, baño.)

SELEUCO

¡Quién comprende tormento tan extraño!

ESTRATONICE

(Yo solamente su dolor comprendo.)

ACTO SEGUNDO

ANTIOCO

El teatro representa las habitaciones del príncipe : sobre una mesa habrá frascos y tazas
con remedios

Escena I

ANTIOCO

ANTIOCO

Al ver tan mustia mi frente
y mi loco frenesí,
no comprenden ¡ay de mí!
que de amor estoy doliente;
y a mis ignorados males
cuya causa está en el alma,
quieren dar alivio y calma
con remedios materiales.
Mas remedios hoy tan vanos
a volverme la salud
sólo adquirieran virtud,
si me los dieran sus manos;
si a la taza que rebosa
con la médica bebida
ella aplicara dolida
sus puros labios de rosa.
Mas ¿qué profiero? ¿así trato
de sofocar mi pasión?

¡Oh cobarde corazón!
¡Hijo desleal e ingrato!
Pero, ¿no es fuerza que quiera
a quien mi madre ha de ser?
quererla en mí es un deber,
mas de distinta manera.
Y su hijo me llama ¡oh nombre
en esos labios odioso!
¡Cuando a otro hombre llama esposo,
y es ¡ay! mi padre ese hombre!
Suele siempre aborrecer,
con alma esquiva y celosa,
de un padre a la nueva esposa
el hijo de otra mujer;
pero es tal la suerte mía,
que tan sólo a mí me arrastra
un amor a mi madrastra
peor que el odio todavía.
¡Oh destino! ¡oh dolor fiero
que a todo dolor supera!
¡Morir sin poder siquiera
decir el mal de que muero!
Tal vez revelar le intento
que ella de mis males es
la causa, y morir después
que le diga mi tormento:
mas, al romper mi secreto,
mis labios audaces sella
la virtud y el honor de ella
y de mi padre el respeto.
¿Qué haré en tan crudo dolor?
¿Qué haré en trance tan fatal?
El callarme me está mal,
y el hablar me está peor.
Mas, si a un padre guardo fe
a quien amo y reverencio,
aunque me mate el silencio,
inocente moriré;
y pues fuerza es que me venza
de mi pasión el rigor,
mátame sólo el dolor,
no el dolor y la vergüenza.

Escena II

ANTIOCO y ERASISTRATO, con un libro en la mano

ANTIOCO se ha quedado abismado en su dolor: ERASISTRATO lo contempla un rato y dice:

ERASISTRATO

¡Siempre apoyada en la palma
la meditabunda frente,
y absorto en un pensamiento
que sin cesar le posee!
Cada vez a mi sospecha
más las señales advierten
que es una pasión del alma
la que el príncipe padece:
pero si es pasión del alma
la que en tal punto le tiene,
¿Cuál puede ser sino amor?
Sin duda sus llamas siente.
Con el más prolijo examen
Sobre él mi cuidado vele,
sin que a la atención se escape
el más pequeño accidente.
Pueda, en alivio del príncipe,
en tal ocasión valerme
que no sólo por estudio,
sino por prueba igualmente,
conozco, Amor, tus efectos
tan violentos y crüeles!
(A ANTIOCO)
¿Cómo, príncipe, os sentís?

ANTIOCO

Mi mal, amigo, decrece
por instantes

ERASISTRATO

(Él me engaña,
que su semblante le vende,
y claro en su faz se mira
que ni el instante más breve
tendió sus alas el sueño
sobre sus ojos ardientes.)
¿Qué os duele?

ANTIOCO

Nada (la vida,

el alma es la que me duele.)

ERASISTRATO

(Su voz, su ademán, su aspecto,

Todo, todo le desmiente:

Amor, amor es sin duda

El mal que descubrir teme,

y amor extraño, imposible,

y del que vergüenza tiene.)

(A ANTIOCO) Pues que siempre sólo estáis,

¿No queréis, príncipe, a veces

distraer con la lectura

vuestras tristezas crüeles,

ya que a tan noble ejercicio

fuisteis inclinado siempre?

ANTIOCO

¿Y de qué, oh Erasistrato,

trata el libro que me ofreces?

ERASISTRATO

De los extraños efectos

que el amor producir suele.

ANTIOCO

¡El amor!

ERASISTRATO

(Se turba, tiembla;

no hay duda.)

ANTIOCO

¿Y decirme puedes

cuales son esos efectos?

ERASISTRATO

Muchos son y diferentes.

Mas, cuando un amor extraño

es el amor que nos vence,

son los efectos entonces

mas graves: una perenne

negra profunda tristeza,

a todo halago rebelde;

un obstinado silencio

que a ruego ninguno cede,

un continuo suspirar,

y un alternado y frecuente
palidecer de improviso
y en viva grana encenderse:
enferma el alma, es forzoso
que el cuerpo también enferme;
pierde su grana el semblante
y los miembros se enflaquecen;
huye el sueño que restaura,
los manjares se aborrecen
la vida cansa y hastía
y se desea la muerte.

ANTIOCO

¿Con qué esos son los efectos?
(¡Los mismos que en mí suceden!)

ERASISTRATO

Esos son; mas al miraros,
caro príncipe, parece,
por los efectos que explico,
que de amor adoleciereis.

ANTIOCO

¡Quién! ¡Yo! ¡Adolecer de amor!
¡Ah! Jamás, jamás lo pienses.

ERASISTRATO

Pues lo negáis, no lo creo.
(No hay verdad más evidente)

ANTIOCO

¿Y los remedios no indica
el sabio libro que lees?

ERASISTRATO

También los remedios trata.

ANTIOCO

¿Y cuáles son?

ERASISTRATO

Con valiente
labio decir la verdad,
o al dulce objeto que enciende
en nuestro pecho la llama,
o a quien decírselo puede;

procurando que su amor
nuestra pasión recompense,
porque amor se alivia y cura
con amor únicamente.
¿Queréis pues que os deje el libro?

ANTIOCO

No quiero que me le dejes,
que de bien diversa causa
los males míos proceden.

ERASISTRATO

Príncipe, el rey vuestro padre
con la reina a veros viene.

ANTIOCO

¿La reina dijiste?

ERASISTRATO

Sí:
la reina y el rey

ANTIOCO

(¡Qué siente
el alma, al oír nombrarla!
Ya la oigo entrar: solamente
el sonido de sus ropas
todo, todo me estremece.)

Escena III

Dichos, SELEUCO y ESTRATONICE

SELEUCO

¡Hijo mío, hijo del alma!
¡Qué de cuidados me debes!
No habrá para mí sosiego
mientras así te contemple.
Solícita de tu estado,
la reina también a verte
viene conmigo, y saber
si tu mal mejora tiene.

ANTIOCO

¿Cómo estaré sino bien,
cuando ambos venís a verme?

ESTRATONICE

Ambos vivimos por vos
inquietos constantemente.

SELEUCO

Ni sólo a la reina aflige
el mal que te oprime y vence,
sino también a la corte
y al reino entero entristece:
tus amorosos vasallos
de tu dolencia adolecen,
todos están de las nuevas
de tu salud hoy pendientes;
todos elevan por ti
al cielo votos solemnes,
y por tu vida a los dioses
víctimas puras ofrecen.
Pero, ¿cuál, dime, hijo mío,
es de tus males la fuente?
¿Qué pena oculta te mata?
¿Qué ambicionas? ¿qué apeteces?
Si es tan anhelo, aunque grande,
que esté en mí satisfacerle,
sin disfraz dilo a tu padre
porque al punto le contente;
¿Es la mitad de mi reino
Lo que por ventura quieres?
Desde ahora todo es tuyo
cuanto serlo un día debe:
y no digo el áureo cetro
y corona reluciente,
por no vérte en tal estado,
aun la vida diera alegre.

ANTIOCO

(¡Y a tal padre ofendo yo
con querer a la que quiere!
Mas, si no querer no puedo,
callar puedo, aunque me cueste
la vida) Padre, de modo
tus palabras me enternecen,
que razones busco en vano
a responder convenientes.

SELEUCO

¿Qué dices a mi cariño?

(A ERASISTRATO)¿Qué a mi esperanza prometes?

ERASISTRATO

Deciros, Señor, quería
lo que mi cuidado advierte.

SELEUCO

Ven un instante conmigo
donde hablemos libremente.

Escena IV

ANTIOCO y ESTRATONICE

ESTRATONICE

(¡Cuánto es tirana mi estrella!)

ANTIOCO

(¡Cuánto es mi suerte cruel!)

ESTRATONICE

(¡Me dejan sola con él!)

ANTIOCO

(¡Sólo me dejan con ella!
¡Qué es lo que pasa por mí!)

ESTRATONICE

(Turbada estoy de manera,
que salir de aquí quisiera.)

ANTIOCO

(Huir quisiera de aquí.
¿Qué la diré, si aún no tengo
para mirarla osadía?)

ESTRATONICE

(Pues él calla todavía,
a hablar por fin me prevengo;
que tiempo es ya que concluya

este silencio imprudente
que expresa tal, claramente
mi turbación y la suya.)
Me es dulce, Señor, pensar
que con las auras natales
vuestros rigurosos males
se han comenzado a templar,
y que, presto al fin exento
de tan tirano martirio,
volveréis al pueblo sirio
la esperanza y el contento.
Mas, entre tanta alegría
que todo un pueblo reciba,
no habrá ninguna tan viva
cual la paterna y la mía.
Al cielo tan alto bien
pedimos siempre los dos.

ANTIOCO

¡Y es verdad, Señora, y vos
por mí os desveláis también!

ESTRATONICE

Tal duda, Señor, no es justa:
tan mal, tan mal, me juzgáis?
¡Ya, príncipe, me miráis
como una madrastra injusta!
Si a las madrastras condena
la universal opinión
de que siempre hostiles son
al hijo de madre ajena,
probaros mi trato espera,
amandoos al par del rey,
que en mí tan odiosa ley
tuvo su excepción primera.

ANTIOCO

Bien se ve que en vos no más,
del corazón la nobleza
compite con la belleza
que nadie igualó jamás.
Si a otra que vos, oh princesa,
mi padre el rey se enlazara,
confieso que me pesara,
pero con vos no me pesa.
(¡Ay! que ordena mi tormento

y mi deber enemigo
que sea lo que le digo
al revés de lo que siento:
mas temo, si esta ocasión
se prolonga, que fielmente
al fin el labio le cuente
lo que siente el corazón.)

ESTRATONICE

¿Y vos, no imitáis también
a vuestro padre?

ANTIOCO

(¡Qué escucho!
¡Cielo santo! ¡ya esto es mucho!)
¡Yo casarme! ¡yo! ¿y con quién?

ESTRATONICE

Damas ostenta esta corte
tan nobles, príncipe, y bellas,
que bien pudierais entre ellas
elegir vuestra consorte;
y el himeneo templar
pronto quizá lograría
la negra melancolía
que os consume sin cesar.

ANTIOCO

Princesa, dijisteis bien:
el mal que es hoy mi verdugo
se templara, si a ese yugo
se doblegara mi sien.
Mas es de mi hado el rigor
tal, que la sola mujer
que mi amor pudo encender
está vedada a mi amor.
Nunca mis fieros enojos
la dije; y hasta hoy ignora
la llama devoradora
que en mí encendieron sus ojos.
Mas ¡ay! aunque la supiera,
sé que la sabría en vano,
que aliviar no está en su mano
lo que alivio alguno espera;
y aunque tal vez sin testigo
la veo, bien como ahora

os estoy viendo, Señora,
nunca mi pasión la digo.
¿Qué mal a mi mal alcanza?
Pues noche y día me empleo
en un estéril deseo
que no alienta la esperanza.
Y, víctima del deber,
yo muero, y muero callando,
y callo, Señora, cuando
es amor todo mi ser.
Así en tan crudo existir
que es sólo un continuo duelo,
no me queda más consuelo
que el consuelo de morir.

ESTRATONICE

(¿Quién escucharle podría
sin lamentar su quebranto,
sin derramar tierno llanto
por su desgracia y la mía?
Que su labio no contó,
las crudas penas que siente,
sin referir igualmente
las penas que siento yo.)

ANTIOCO

¡Qué veo! ¡Gotas piadosas
nublan vuestros ojos claros!
¡Pudo mi dolor costaros
esas lágrimas hermosas!

ESTRATONICE

De piedad, príncipe, llena,
al oídos...

ANTIOCO

¡Cuánto, cuánto
ese compasivo llanto
os agradece mi pena!

ESTRATONICE

(Si más permanezco aquí,
en mi alma leer podrá.)
Príncipe, adiós.

ANTIOCO

Cómo? ¡Ya
me dejáis, Señora, así!
Esperad sólo un momento.
¡Ay!

ESTRATONICE
(¡Qué voz tan angustiada!)
¿Qué tenéis, príncipe?

ANTIOCO
Nada
Pero sí: no sé qué siento:
Siento que crece mi mal;
mi pecho se despedaza.

ESTRATONICE
¿Queréis que os lleve la taza

ANTIOCO
del restaurador cordial?
Sí, dádmela.

ESTRATONICE
Veisla aquí:
gran sabio el licor compuso.

ANTIOCO
Estoy, princesa, confuso
de veros servirme así.

ESTRATONICE
Mal hacéis, si lo extrañáis:
quien hijo ya os considera
ser debe vuestra enfermera.

ANTIOCO
(¡Hijo me llama!)

ESTRATONICE
¡Tembláis!

ANTIOCO
Tiemblo: el corazón me salta;
cubre mis ojos un velo,
a un tiempo me abrasso y hielo,
y hasta el aliento me falta.

ESTRATONICE

Tomad, príncipe, y bebed.

ANTIOCO

(Oh blanca mano hechicera,
¿quién en ti apagar pudiera
del alma la ardiente sed!)

ESTRATONICE

¿Qué decís? ¿Estáis peor?
¿A Erasistrato queréis?
Voy por él.

ANTIOCO

No le llaméis.
No os vayáis: ya estoy mejor.
No os vayáis aún: mirad
que del infeliz Antioco
menguan los males un poco
con vuestra noble piedad.

ESTRATONICE

Mucho vuestro mal me apiada:
pero permitid que os diga,
como madre y como amiga,
por vuestro bien desvelada,
que no es bien que así os dejéis
de vuestra pasión rendir,
que sin cesar combatir
con firme pecho debéis;
pues, luchando noche y día
contra ese imposible amor,
saldréis al fin vencedor
en la tremenda porfía.
Ríndase, ya que su suerte
reduce al amor su vida,
la mujer, de amor herida
pero el hombre ha de ser fuerte.
Y más quien nació, cual vos,
Porque a tantos pueblos mande,
de un héroe y de un rey tan grande
que Asia venera cual dios.
Venced pues de amor los males,
y con digna heroicidad
de vuestro padre emulad

las hazañas inmortales.
(¿Qué más he podido hacer
por cumplir con mi decoro?
Huyamos donde mi lloro
pueda en libertad correr.)

Escena V

ANTIOCO

Oid, Señora, aguardad:
¡se va, y muriendo me deja!
Y pareció que mi queja
merecía su piedad.
Mas ¿para qué volvería,
cuando, a callar obligado,
crece mi pena a su lado
y se dobla mi agonía?
Que, desdichado igualmente,
quiere mi fortuna ingrata
que la que ausente me mata
también me mata presente.
Dice que a mi mal prolijo
tan fácilmente no ceda
y que más valor hereda
de heroico monarca el hijo.
No sabe, no sabe cómo
eternamente combato
con este amor insensato
cuyas ansias nunca domo;
¡pues contra su asalto impío
del todo inútiles son
las luces de la razón,
las fuerzas del albedrío!
¿Qué fuerza humana luchó
contra las de Amor celestes?
Ante él son nada las huestes
que mi padre debeló.
¡Oh padre! ¡cuánto me cuestas!
Pues, atento a ti, respeto,
no quebrantan mi secreto
amarguras tan funestas.
Tú Antioco, víctima triste
de la pasión más aciaga,

hoy con usura te paga
la vida que tú le diste.
Ven pues, oh Muerte; tú sola,
de males en tanto asedio,
ser puedes puerto y remedio
de quien por otro se inmola.
Ven, de mi ruego vencida,
antes que mi propia espada,
de esperarte fatigada,
acelere tu venida.

Escena VI

ANTIOCO, SELEUCO y ERASISTRATO

SELEUCO
Hijo.

ERASISTRATO
Señor.

SELEUCO
Qué es esto?

ANTIOCO
Morir a manos de las penas mías.

SELEUCO
¡Morir tú! ¿pues mejor no te sentías?

ANTIOCO
Deja, oh padre, que acabe
una existencia tan doliente y grave,
una vida insufrible en tantos modos
a mí mismo y a todos.
Si algún amor te debo, yo te pido
que me dejes morir, y no acrecientes
con mi vida el suplicio desmedido
y las ansias furentes
del ser más desdichado que ha nacido.

SELEUCO
¡Que te deje morir, cuando mi vida
está a la tuya unida,

y cuando lo imposible solamente
será lo que por ti mi amor no tiene!
El sabio Erasistrato a mi ternura
tu salud asegura.

ANTIOCO

Cuando mi vida a prolongar acierte
su ciencia y tu cuidado,
sabe, oh padre, que sólo habréis logrado
trocar mi vida en dilatada muerte.

Éntrase ANTIOCO y SELEUCO tras él

Escena VII

ERASISTRATO

Cada vez a mi ciencia es más patente
que es amor lo que siente;
y aun a fijarse mi sospecha empieza
en la amada belleza.
¿No vi que se turbaba
cuando le dije que la reina entraba?
Y ahora, cuando sólo le ha dejado,
¿No hallo más grave y más mortal su estado?

ACTO TERCERO

ERASISTRATO

El proscenio representa en este y los siguientes actos la misma decoración que en el primero

Escena I

ERASISTRATO y SELEUCO

SELEUCO

Con que juzgas que es amor
quien sus males ocasiona,

y más y más cada día
tu opinión se corrobora?

ERASISTRATO

Imposible es ya la duda:
son de amor sus penas todas.
Sólo saber el objeto
de su pasión resta ahora.

SELEUCO

Y ¿cómo saberlo, si él
oculta su pasión loca,
y aun a confesar se niega
que es amor lo que le agobia?

ERASISTRATO

Le venderán las señales
por más que su amor esconda,
mostrándonos el semblante
lo que recata la boca.
Por eso es bien que el sarao,
como os dije, se disponga
adonde de vuestra corte
asistan las damas todas.

SELEUCO

Ya está dispuesto el sarao:
pronto mil damas hermosas
vendrán, y entre ellas acaso
la beldad que le enamora.
Fue la idea como tuya,
Erasistrato, ingeniosa.

ERASISTRATO

Mucho fío de esta prueba.

SELEUCO

¡Dichoso yo, si se logra!
Que no tan sólo de un hijo
a quien adoro y me adora
siente el corazón paterno
la dolencia como propia,
sino que también me abraso
en la beldad seductora
de la reina, y cada día
más me enciende y apasiona:

y el alma con tales ansias
ni un breve instante reposa,
anhelando siempre el día
venturoso de sus bodas.
¡Qué bien me dijiste, amigo,
que, si era bella la copia
que tanto ya me encendía,
era más bella mi esposa!
Y así más ufano vivo
siendo dueño de esa joya,
que si de la tierra entera
me ciñeran la corona.
A tu amistad y a tu ciencia
el aliviarme les toca,
a dos enfermos sanando
que igual pasión acongoja.
¡Y ojalá que, hoy descubierta
de mi hijo la misteriosa
pasión, para ambos mañana
luzca la nupcial antorcha!

Escena II

SELEUCO, ERASISTRATO y ANTIOCO

Van entrando músicos

SELEUCO

Caro Antioco, este sarao
ordené que se disponga
por si se templa con él
melancolía tan honda:
ven pues, y un instante al menos
tus pesares desahoga,
de la música escuchando
las vivas alegres notas.
Pronto todas las beldades
vendrán, que mi corte adornan
para que el sarao empiece.

ANTIOCO

Y vendrán, ¿oh padre, todas?

SELEUCO

Sí, todas, hasta la reina.

ANTIOCO

¿También la reina?

SELEUCO

Ella propia.

ERASISTRATO

(Siempre es mayor mi sospecha,
pues sólo de ella se informa.)

ANTIOCO

Gracias te doy, padre mío,
por las muestras amorosas
que, en alivio de mis males,
tus ternuras eslabonan.
(Hoy quiero por vez postrera
beber la dulce ponzoña
que el alma apura en los ojos
de mi bella matadora.)

SELEUCO

Ya van viniendo las damas
(A ERASISTRATO) Alejarme de aquí importa
porque el príncipe a mi vista
no se reprima y componga.
(A ANTIOCO) Hijo, por breves instantes
mi cariño te abandona,
pues a otra parte me llaman
cuidados de mi corona.

Escena III

ANTIOCO, ERASISTRATO, y damas que van entrando

ERASISTRATO

(Sobre él mis ojos agoten
su atención indagadora.)

Las damas van llegando de dos en dos: al pasar delante del príncipe, le hacen un saludo

DAMA PRIMERA

¡Qué triste está, qué cambiado!

¡Y cómo, en la faz hermosa,
sucedió pálido lirio
de la salud a las rosas!

DAMA SEGUNDA

¡Quién creyera que es el mismo
cuya beldad portentosa
pudo mirar con envidia
el casto hijo de Latona!
Dicen que un amor secreto
es el que así le devora.

DAMA PRIMERA

¿Y por qué no se declara,
si de amor es su congoja?

DAMA SEGUNDA

Temerá quizá desdenes.

DAMA PRIMERA

Esa es necedad notoria:
¿Quién con el amor del príncipe
no se juzgara dichosa?

DAMA SEGUNDA

Apenas nos ha mirado,
y sin embargo, memoria
no guardo de haberte visto
nunca tan bella y donosa.

DAMA PRIMERA

La lisonja te devuelvo,
aunque en ti ya no es lisonja.

ANTIOCO (No ha venido todavía:
me asesina su demora.)

ERASISTRATO

(Distraídas sus miradas
han visto a las más hermosas,
y parece que impacientes
aguardan y buscan otra:
¿Quién esa otra ser podría
sino Estratonice sola?
Ya la miro que se acerca
mas observémosle ahora.)

Escena IV

Dichos, ESTRATONICE y OLIMPIA

ESTRATONICE

(¡Quién avisarle pudiera!
¡Ay!)

OLIMPIA

Disimulad, Señora,
que hay muchos ojos que estén
fijos en vuestra persona.

ESTRATONICE

Dices bien: alma, valor.

ANTIOCO se ha demudado todo al ver a la reina: ERASISTRATO no aparta ni un punto los ojos de él. Al pasar la reina, todas las damas se inclinan profundamente

ESTRATONICE

Príncipe. (Tiemblo.)

ANTIOCO

Señora.

(Al verla, al oír su acento
todo mi ser se transforma.)

DAMA SEGUNDA

Bella es sin duda la reina.

DAMA PRIMERA

Es bella como una diosa;
mas yo no sé que tristeza
en su semblante se nota.

DAMA SEGUNDA

La habrá contagiado el príncipe
de su pasión melancólica.

DAMA PRIMERA

No parece que le halagan
mucho las cercanas bodas.

DAMA SEGUNDA

Si con el príncipe fueran,
estaría más gustosa.

ESTRATONICE

Bien vuestro padre dispuso
esta fiesta, pues no hay cosa
que los pesares alivie
cual la música.

ANTIOCO

Señora

ERASISTRATO

(¡Cómo la mira!)

ANTIOCO

(¡Qué hechizo!
Qué beldad deslumbradora!
¡Y que no haya de ser mía!
¡Oh fortuna rigorosa!)

ERASISTRATO

¿No os halagan y cautivan
tantas damas seductoras
que rara belleza ostentan
e ilustre sangre blasonan?
¿No hay alguna que os parezca
más hechicera entre todas?

ANTIOCO

Todas son a la par bellas.
(Solamente ella es hermosa)

ERASISTRATO

¿Y vos no juzgáis también,
(A la reina) Como yo juzgo, Señora,
que amantes lazos templaran
el mal que al príncipe agobia?

ESTRATONICE

Lo juzgo así, y ya o oyó
El príncipe de mi boca.

ANTIOCO

(¡Oh crüel!)

ESTRATONICE

Y oyó también
lo que le, repito ahora,
y es que con pecho valiente
a su mal se sobreponga.
(¡Ah! ¡quién valor le infundiera
porque su amor no conozcan!)

ANTIOCO

Lucho, Señora, y confío
(Dominándose) Que alcanzaré la victoria.

ERASISTRATO

(Veamos si con tal medio
más su pasión le traiciona.)

(A ESTRATONICE) ¡Ya nuestro príncipe amado
logra notable mejora,
de modo que el nuevo día
verá vuestras altas bodas,
que más dilación no sufre
del rey la pasión furiosa.

ANTIOCO

(Fuera de sí)
¡Qué oigo! ¡Oh cielos! ¿Y es posible?
¿Mañana os casáis, Señora?
¡Hablad! ¡yo muero!

ERASISTRATO

¡Qué miro!
(Aplica la mano al pulso y corazón)
Ya su accidente le torna:
vuela el pulso, y los latidos
de su corazón le ahogan.
Ya es la sospecha evidencia,
y es la reina la que adora.

El príncipe cae desmayado: ERASISTRATO y los criados se le llevan

ESTRATONICE

¡Ay de ti, príncipe amado,
y ay de mí!

OLIMPIA

Venid, Señora,
adonde sólo a mi vista
vuestro ardiente llanto corra

Vanse

Las damas y músicos se van yendo y quedan sólo las dos damas que hablan.

Escena V

DAMA PRIMERA
¡De qué espantoso secreto
hemos sido sabedoras!
En tan juveniles años
¡cómo ya el amor le postra!

DAMA SEGUNDA
También de la reina, dime
¿no advertiste la congoja
y mal reprimido llanto?

DAMA PRIMERA
Fueron lágrimas piadosas.

DAMA SEGUNDA
¿La piedad también explica
su salida presurosa?

DAMA PRIMERA
Pues ¿qué piensas?

DAMA SEGUNDA
Pienso, amiga,
que ha tiempo que ambos se adoran.

Vanse y vuelve ERASISTRATO

Escena VI

ERASISTRATO

Al fin mi ardid le arrancó

al príncipe su secreto,
y sé cuál es el objeto
del amor que le venció:
mas poco en saberlo gano,
y aun pienso que era mejor
ignorar siempre el amor
que he sabido tan en vano.
Si el rey, ha un momento, aquí,
comunicaba conmigo
su pasión, ¿cómo le digo
la verdad que descubrí?
Cómo, si a la reina bella
me dijo que amaba loco,
¿cómo le digo que Antíoco
se muere también por ella?
Si su boda apetecida
me confía, ¿de qué suerte
le tengo de dar la muerte
a quien me pidió la vida?
¿Qué haré en tal trance, qué haré?
Si decirlo cierto escojo,
yo de Seleuco el enojo
el primero arrostraré.
Mas, si la verdad recato,
el príncipe morirá:
¡Ah! cese tal duda ya,
y en ti vuelve, Erasistrato.
¿Cómo en tal caso atender
puedes del rey a las iras?
¿Cómo a tu deber no miras,
cuando cumples tu deber?
Mi conciencia vigilante
me habla así, y su voz oyendo,
cómo pude no comprendo
vacilar un sólo instante.
Si pierdo, hablando, el favor
de un rey airado y violento,
sé que a la verdad contento,
que es el monarca mayor.
al ciego temor se doble
el médico vil que ignora
cuánto su arte salvadora
es entre las artes noble:
¡use silencio o falsía
el siervo del interés
para quien la ciencia no es

sino torpe granjería,
no quien, el propio negocio
desdeñando, como yo,
siempre su arte profesó
como un alto sacerdocio!
Mas, para ver si aprovecho
del príncipe al ansia extrema,
una noble estratagema
me inspira el prudente pecho.
Y quién sabe si quizás...
la acción es sin duda estoica,
pero el rey tiene alma heroica
y es padre suyo además.
Medio tan juicioso y lento
menguará también su ira:
sin duda el cielo me inspire
tan piadoso pensamiento.

Escena VII

ERASISTRATO y SELEUCO

SELEUCO

Ya vengo, amigo, impaciente
de saber el resultado
de tu experiencia prudente.

ERASISTRATO

Ya el mal está averiguado.

SELEUCO

Heme de tu voz pendiente.

ERASISTRATO

¡Ay! que la causa, Señor,
de sus congojas es tal,
que ignorar fuera mejor
cuál es el blanco fatal
de su desdichado amor.

SELEUCO

¿Qué oigo? ¿Es acaso el objeto
de su amorosa locura
un imposible sujeto?

ERASISTRATO

Es tal, que a vuestra ternura
quise tenerlo secreto;
reputando conveniente
en el silencio y olvido
sepultar eternamente
lo que después de sabido
ningún remedio consiente.

SELEUCO

Si es una humana mujer
a la que el príncipe ama,
¿cuál tan esquiva ha de ser
que se resista a su llama,
o se niegue a mi poder?
Juzgo que no habrá ninguna
que enlace tan eminente
no tenga por gran fortuna
aunque en sumo grado ostente
belleza o ilustre cuna.

ERASISTRATO

¿Quién ha de ser tan insano
que esa verdad evidente
ose negar?

SELEUCO

Luego es llano

ERASISTRATO

Mas en el caso presente
Todo eso, Señor, es vano;
que no siempre...

SELEUCO

Acaba pues:
No más de misterios lleno
al ver mis ansias estés,
ni con tan lento veneno
así la muerte me des.

ERASISTRATO

Pues vuestro labio lo ordena,
sabed que no admite cura
de Antioco la amante pena,

pues quiso su desventura
que amase a mujer ajena.

SELEUCO

¡Tan extraño amor le acosa!

ERASISTRATO

Por eso a nadie confiesa
jamás su llama amorosa.

SELEUCO

Mas di, ¿qué mujer es esa?

ERASISTRATO

Es, Señor, mi propia esposa.

SELEUCO

¡Tu esposa, tu esposa! ¡oh hado
funesto! ¡oh signo importuno!
¡Oh príncipe desdichado!

ERASISTRATO

Ya veis, Señor, que su estado
no tiene remedio alguno.

SELEUCO

No le tiene... uno tuviera,
uno solamente.

ERASISTRATO

¿Cuál?

SELEUCO

Bien me entiendes.

ERASISTRATO

¿Y quién fuera
capaz de heroísmo tal?

SELEUCO

¿Dejarás que mi hijo muera?
Si a ti mi cariño fía
lo que amo en el mundo más,
si en su vida está la mía,
pudiendo ¿no aliviarás
mi tormento y su agonía?

ERASISTRATO

¿Qué me proponéis, Señor?
¡Que a la que idolatro pierda,
cediéndola a ajeno amor!

SELEUCO

Lo que mereces recuerda
a mi amistad y favor:
ve que eres padre también
de ese hijo a quien desde niño
en la verdad y en el bien
aleccionó tu cariño:
de él y de mí piedad ten.

ERASISTRATO

Grande, Señor, es la acción.

SELEUCO

No mayor de lo que vales;
tienes de héroe el corazón,
y de tu ciencia rivales
tus altas virtudes son.

ERASISTRATO

¿Habéis el valor medido
del sacrificio exigido
por vuestro ruego tenaz?
¿Vos mismo fuerais capaz
de lo que me habéis pedido?
Y si yo os dijese ahora
que es la reina la que adora,
¿qué os tocaba responder?

SELEUCO

¡Pero eso no puede ser!
(¡Oh sospecha matadora!)

ERASISTRATO

Pues es, Señor, la verdad,
y fue lo primero engaño
que fingió mi lealtad
para hacer menor el daño:
mi artificio perdonad.
y el que aconsejarme pudo
un sacrificio tan crudo,

viendo que en su mano está
y a menos costa, no dudo
que él mismo lo cumplirá.

SELEUCO

¡Con qué tu ardid me engañó
hasta aquí! ¡Luego no quiere
Antioco a tu esposa!

ERASISTRATO

No.

La reina es quien le prendó,
y por la reina se muere.

SELEUCO

¿Y cómo lo has descubierto?

ERASISTRATO

Eso bien claro lo vi.

SELEUCO

¿Lo que me dices es cierto?

ERASISTRATO

Cierto, Señor.

SELEUCO

Sal de aquí,
que tus palabras me han muerto.
Sal de aquí, pues considero,
si al punto no te retiras,
que habrás de ser el primero
en quien mis súbitas iras
descarguen su ímpetu fiero.
Vete, y a ese hijo malvado
aquí al instante me envía.

ERASISTRATO

Pensad, Señor, en su estado.

SELEUCO

Todo lo tengo pensado.

ERASISTRATO

Ved que quizá no podría,
tan abatido y doliente,

sufrir la fiera batalla
de vuestra saña furente.

SELEUCO

Basta: obedéceme y calla.
Al ver que se va ERASISTRATO
Erasistrato, detente.
Por última vez me di
si estás seguro de que arda
por Estratonice?

ERASISTRATO

Sí.

SELEUCO

Pues anda y dile que aquí
su rey y padre le aguarda.

Erasistrato hace ademán de replicar: el rey le impone silencio y le despide

Escena VIII

SELEUCO

¡Qué supe! ¡mi hijo se atreve
a levantar la esperanza
a quien mi esposa ser debe!
¡Teme mi justa venganza,
hijo desleal y aleve!
¿Cuándo pude imaginar
que, con audacia sin par,
un hijo que amaba tanto
osase el deber más santo
de sus deberes hollar?
¡Yo por mi esposa le envió,
yo mi honra y mi amor le fío,
y a mis confianzas infiel
como a mis respetos, él
codicia un amor que es mío!
Y Yo su mal lamentaba,
y con tormento infinito
sin cesar me desvelaba,
y entonces no sospechaba
que aún su mal era un delito.

Salvado su vida habría
aun a costa de la mía
mi tierna solicitud:
¡Oh inaudita ingratitud!
¡Espantosa alevosía!
Apenas llevo a creer
ingratitud tan extraña
y tan torpe proceder:
crece a su vista la saña
que inflama todo mi ser.

Escena IX

SELEUCO y ANTIOCO

ANTIOCO

Señor, a tus preceptos obediente,
vengo (mas ¿qué mudanza a mirar llevo?
¡Nubes envuelven su ceñuda frente,
sus ojos lanzan centellante fuego!)

SELEUCO

Príncipe, yo a llamar os he enviado

ANTIOCO

(¡Cuán severa su voz trueno en mi oído!
¡Ah! Sin duda, sin duda ha penetrado
mi culpable pasión: yo soy perdido!)

SELEUCO

¿Por qué, con turbación anticipada,
os miro estar temblando de ese modo?
mas, si mi labio aún no os ha dicho nada,
vuestra conciencia os lo habrá dicho todo.
Ella os dirá que vuestro padre sabe
vuestro infame secreto vergonzoso:
nunca temí de vos culpa tan grave;
con razón la ocultabais receloso.
¿Sabéis lo que debisteis haber hecho
antes que dar en vuestro pecho entrada
a tan torpe pasión? El propio pecho
rasgar mil veces con aguda espada.
¿Qué nombre habrá que a la perfidia cuadre
de una acción tan osada y delincuente?

Como rey, como amigo, como padre,
príncipe, me ofendisteis juntamente.
Para enviar por mi esposa yo os elijo,
digno entre todos de tal honra os hallo:
¡y a la esposa del padre aspira el hijo!
¡Y a su reina y señora ama el vasallo!
Mas, si amor o deber no os retenía,
¿No os arredró el justísimo castigo
que a vuestro triple crimen guardaría
vuestro rey, vuestro padre, vuestro amigo?
¿Pues no había en el mundo otras mujeres,
que os atrevisteis a mi real esposa?
Para haceros hollar tantos deberes,
sólo ella era mujer, sólo ella hermosa?
Ella, entre todas, era la vedada
a vuestra osada llama incestuosa,
y ser debió, de vuestro padre amada,
sagrada para vos, como una diosa.
El solo pensamiento era un agravio,
un agravio mortal sólo el deseo;
y quien sabe también si con el labio...?

ANTIOCO

Nunca, padre, jamás.

SELEUCO

¡Ah! bien lo creo;
y si creyera que la culpa vuestra
llegara hasta tener atrevimiento
de hacer de amor ante ella alguna muestra
o murmurar de amor un solo acento,
vive Dios que a mis furias homicidas
entonces no bastara el que mis brazos
arrancaros pudieran tantas vidas
como os hiciera mi furor pedazos.

ANTIOCO

Echándose a los pies del rey
Ya estoy, Señor, a vuestras plantas puesto,
y aunque bien veis que por instantes muero
de mi existencia el miserable resto
lo rindo y sacrifico a vuestro acero.
Vos me disteis la vida, y el despecho
tenéis vos de quitarla: no vacilo
en ofreceros el desnudo pecho
de vuestra espada vengadora al filo.

Acabad pues, y os dé fácil despojo,
oh padre mío, este vivir funesto
que hoy que merezco vuestro fiero enojo
mas que nunca maldigo y lo detesto.

SELEUCO

(Al alma sus acentos me han llegado,
y al escucharle demandar la muerte
y contemplar su doloroso estado,
en compasión mi saña se convierte.
Si sus congojas por instantes crecen,
¿he de abreviarle un fin, ya tan vecino?
Mis entrañas de padre se estremecen:
más que suya, es la culpa del destino.)
Alza, hijo mío, y d tu estancia vuelve;
allí un instante mi llamada espera.
(Veamos si mi pecho se resuelve
a que viva su amor y el mío muera.)

ACTO CUARTO

SELEUCO

Escena I

SELEUCO

¡Ah! ¡cuánto el combate dura
que estoy lidiando conmigo!
¡Y aun renunciar no consigo
a su divina hermosura!
Mis esfuerzos, que hasta aquí
son tan vanos e infelices,
dicen cuán hondas raíces
ha echado este amor en mí.
Mas, si amor mi pecho hiere,
¿el de mi hijo no traspasa?
¿Si yo ardo, él no se abrasa?
¿Si yo padezco, él no muere?
Y si, aunque morir se viera,
su amor ocultaba mudo,
¿qué más, qué más hacer pudo
aun la virtud mas severa?

¿Qué, más puedo exigir de él,
si se mostró tan mi amigo,
que por ser leal conmigo,
consigo ha sido crüel?
Si su estrella le arrastró
a amar a la reina bella,
culpa será de su estrella,
pero de su pecho no.
¡Quién sabe si ella ha entendido
del príncipe el amor ya,
y si por ella quizá
es su amor correspondido!
¿Qué mucho que ya le amara,
si aunque yo no me lo diga,
cuanto al príncipe la liga
tanto de mi la separa?
jóvenes y hermosos ellos,
todo a adorarse los mueve;
y de los años la nieve
blanquea ya mis cabellos.
Tiempo ha que entender debí,
abandonando ilusiones,
que la edad de las pasiones
ha pasado para mí.
Mas me dice esta pasión
que en vano apagar anhelo,
que de mis canas hielo
no bajó a mi corazón.
Quizás, hablando con ella,
su pasión se mostrará.
Viene allí: ¡qué hermosa está!
Nunca la miré más bella.

Escena II

SELEUCO, ESTRATONICE y OLIMPIA

ESTRATONICE

(Por mi suerte y la del príncipe
inquieta estoy de continuo:
el rey aquí: ¡qué semblante
tan agitado y sombrío!
¿Si será ya sabedor
se todo lo sucedido?)

Tiemblo.)

SELEUCO

Princesa.

ESTRATONICE

Señor.

El rey hace una seña a OLIMPIA

ESTRATONICE

Vete, Olimpia.

OLIMPIA

Me retiro.

Escena III

SELEUCO y ESTRATONICE

ESTRATONICE

Más cuidadoso y suspenso
que nunca, Señor, os miro.

SELEUCO

Sí, princesa; y mi cuidado
nace de grave motivo.

ESTRATONICE

¿Podrá merecer mi afecto
que os dignéis, Señor, decirlo?

SELEUCO

Antes, Señora, os buscaba,

pues comunicar ansío
con vuestra amistad tan sólo
este tormento prolijo.

ESTRATONICE

Decid pues, y ojalá pueda
daros mi amistad alivio.
Es el caso más funesto
que sucederme ha podido:
bien sabéis que a nuestro enlace

el único estorbo ha sido
ver a una ignota dolencia
postrado mi único hijo.
Yo de su salud a un tiempo
y de mi dicha solícito,
averiguaba constante
la causa de su martirio.
Al fin la supe, Señora;
pero mi desgracia quiso
que, si el mal era ya grande,
fuese mayor, conocido
su salud y nuestras bodas
se excluyen, y ya es preciso
o que a su vivir renuncie,
o en vuestras bodas al mío.

ESTRATONICE

(¡Ya todo lo sabe!) En vano
por entenderos porfío.

SELEUCO

Sabed que vos sois, Señora,
la cansa de sus suspiros.

ESTRATONICE

¡Yo la causa! absorta os oigo.

SELEUCO

Pues la verdad os he dicho.
Cuando lo supe, os confieso
que, en saña fiera encendido,
me pareció hasta la muerte
corta pena la su delito.
Mas le vi, le hablé; a mis plantas
cayó doliente y sumiso;
y en piedad troqué la ira
y en tierno halago el castigo.
Mas, si al mirar su congoja
mi enojo se ha suspendido,
un largo y crudo combate
sostengo conmigo mismo.
Soy padre y amante a un tiempo,
y aun no sé si a vos de mi hijo
o a mi hijo de vos Señora,
haga el duro sacrificio.
Y así en tan dudoso trance

a haceros me determino
juez a vos misma: elegid
vos entre el padre y el hijo.

ESTRATONICE

(¿Será un ardid para ver
si amor al príncipe abrigo?)
Mal podéis, Señor, hacerme
juez en tan grave litigio,
pues de mí disponer debo
si entre vosotros elijo,
y disponer de mi mano
a mí, Señor, no me es lícito:
desde que trató con vos
mis bodas el padre mío,
ya yo albedrío no tengo,
que en vos está mi albedrío.
Vos sois mi dueño, vos solo
sobre mí tenéis dominio:
vos podéis darme o guardarme
a vuestro placer y arbitrio.
No me pidáis pues que elija,
Decidid, Señor, vos mismo,
que a mí obedecer me toca
lo que hubiereis decidido.

Escena IV

SELEUCO

En vano con tal prudencia
y decoro ha respondido,
que sus palabras desmiente
la turbación que le he visto.
Sin duda el amor del príncipe
ha tiempo que ella ha entendido,
sin duda le ama: ¡es Antioco
de ser amado tan digno!
Todo, todo me persuade
Este crüel sacrificio,
y ya la pasión de amante
cede del padre al cariño.

Escena V

SELEUCO y ERASISTRATO

Viendo a ERASISTRATO que vacila en entrar

SELEUCO

Ven sin temor, fiel amigo,
y perdona si, ha un momento,
mi injusto enojo violento
probó su rigor contigo.
De mis acerbadas razones
ya pesaroso y corrido,
que las olvides te pido
y a tu monarca perdones.

ERASISTRATO

Colmarais mi regocijo,
si cual, conmigo aplacado,
ya vuestro enojo ha cesado,
cesara con vuestro hijo.
Y ojalá, si fuera así
posible salvarle a él,
que vuestra saña crüel
recayera toda en mí.

SELEUCO

No te afanes, noble pecho,
amigo leal y firme,
no te afanes en pedirme
lo que está del todo hecho:
vencer mi enojo, al usado
halago y amor volviendo,
es lo menos que pretendo
hacer por mi hijo adorado.

ERASISTRATO

¿Qué hazaña no es natural,
por más que esfuerzos demande,
a esa alma elevada y grande,
verdaderamente real?
Pasajera indignación
otro os hizo parecer,
pero no tardó en vencer
vuestra noble condición.

SELEUCO

Como padre y como amante,
harto conmigo he luchado:
mas ya la lucha ha cesado,
y el padre quedó triunfante.
Si de ti exigí mi error
la hazaña dificultosa
de ceder tu propia esposa
al que moría de amor,
¿Cuánto más justo, pues vi
que hacerlo a mí me tocó,
que hiciera lo mismo yo
que antes exigí de ti?
¿Qué menos hacer podía
en este trance, y más viendo
que él es mi hijo, no siendo
mi esposa ella todavía?
Al sacrificio costoso
ya pues decidido estoy,
y sin mas aguardar, hoy
será de la reina esposo.
Es mi hijo, mi sucesor
en quien nueva vida espero,
de mi corona heredero,
y también de mi valor.
Si a ambos la reina prendo,
con ambos cumpliendo así,
debo quitármela a mí
para darla a mi otro yo
y su alta felicidad
mirando como común,
Poseeré a la reina aún
en mi más dulce mitad.
Hazle al instante llamar,
estoy de hablarle impaciente,
ni quiero mas largamente
su ventura dilatar.

ERASISTRATO

(que va y vuelve)
Dejad que exprese, Señor,
la admiración entusiasta
que el pecho a sentir no basta
al ver tan alto valor.
El sacrificio era tal,

que aun yo que os lo aconsejaba,
aun yo lo dificultaba
de todo esfuerzo mortal.
¡Cuánto la alta idea gana
que tuve siempre de vos,
pues hoy os iguala a un dios
esta hazaña sobrehumana!
Grandes las victorias son
que de vos cuenta la historia,
«Pero es más grande victoria
vencer la propia pasión.»
Y de Persia el vencedor,
con extremado heroísmo,
hoy, vencedor de sí mismo,
logra su triunfo mayor.
Vedle cuál llega doliente,
y abatido: ¡qué contento
a ese triste abatimiento
va a suceder de repente!
De su dolencia crüel
le va a librar breve rato.

SELEUCO

Noble y fiel Erasistrato,
déjame solo con él.

Escena VI

SELEUCO Y ANTIOCO

SELEUCO

Hijo amado.

ANTIOCO

(¿Qué oigo?) Padre.

Ven, hijo, más no a mis plantas,
ven a mis brazos amantes
que ya anhelosos te aguardan.

No receles, hijo mío,
que de mis iras pasadas
en el corazón paterno
ni una reliquia quedara.

Pasó mi saña del todo,
y si alguna el pecho guarda,

sólo conmigo la tengo
porque la tuve sin causa.
¡Y en tu doloroso estado
te lancé fieras miradas,
y te agravio el labio mío
con iracundas palabras!
¡Ah! perdona, hijo querido,
esas palabras airadas
las primeras que escuchaste
en mis labios.

ANTIOCO

No así añadas
más extremos amorosos;
basta ya, padre del alma.
Tus acentos me penetran,
me confunde bondad tanta:
si tus iras me abatieron,
tus piedades me restauran,
y tu perdón me da vida,
si me mató tu amenaza.
Con volverme tu cariño
quedan mis ansias colmadas,
que al que tu perdón merece
esa ventura le basta.

SELEUCO

Pues a una nueva ventura
hoy tu corazón prepara
y se abra ese triste pecho
finalmente a la esperanza.
Algo por tu vida y mía
es bien que tu padre haga,
que en volverte mi cariño
claro esta, que no hice nada.
Yo moribundo te miro;
y si al inquirir la causa,
hallo que agonizas presa
de ardiente amorosa llama,
en vez de dejar vencerme
por la sed de la venganza,
debí dar a la alegría
en mi corazón entrada,
al contemplar que la suerte,
en esto menos contraria,
quiso poner en mis manos

el alivio de tus ansias.
Digno de castigo fueras,
si con tu amor no lucharas;
mas si con tu amor violento
eternamente batallas,
si, a mis respetos atento,
miro que aun muriendo callas,
debo premiar tus virtudes
y remediar tu desgracia.

ANTIOCO

¿Qué quieres, padre, decirme?

SELEUCO

Que de himeneo a las aras
hoy conducirá tu, diestra
a la beldad que idolatras.

ANTIOCO

¿A quién, Señor?

SELEUCO

¿Lo preguntas?
A la reina: yo la amaba
y mucho, pero tu amor
al fin rindió la balanza.

ANTIOCO

(¡Qué escucho! a mi padre debó
cariño y fineza tanta
que por dar a mi amor vida
el suyo sofoca y mata!
¡Y tan crüel sacrificio
de mi padre un hijo aceptara!
No; la tentación es grande,
mas no excede mi constancia,
responder que no me toca,
aunque la vida me vaya,
que su generoso porte
el mío a mí me señala.)
De mi silencio, Señor,
ha sido el asombro causa,
al escuchar de tus labios
que con la reina me casas.

SELEUCO

¿Pues no es de amor tu dolencia?
¿A Estratonice no amas?

ANTIOCO

¿Yo a la reina? te repito
que tus acentos me pasman.

SELEUCO

Pues, ¿cómo aquí mis enojos
te turbaron, y a mis plantas
te derribaste confuso,
si a Estratonice no amabas?

ANTIOCO

Porque tanto te respeto
y tanto temo tu saña,
que, aun sintiéndome inocente,
me es fuerza, Señor, temblarla.
Si siempre con un cariño
casi materno me tratas,
¿cómo resistir podía
tan repentina mudanza?

SELEUCO

Luego tu mal no es de amor,
y Erasistrato se engaña?

ANTIOCO

No se ha engañado al decirte
que es amor el que me abrasa,
mas sí en creer que es la reina
el objeto de mi llama,

SELEUCO

Pues ¿quién es?

ANTIOCO

Es Cleonice,
De Estratonice la hermana.

SELEUCO

¿Y cómo no la dijiste
La pasión que te inspiraba?

ANTIOCO

Porque va está prometida

al amor a otro monarca,
y el mirarla de otro dueño
al silencio me obligaba.

SELEUCO

Pero, ¿cómo Erasistrato
creyó que a mi esposa amabas?

ANTIOCO

El vería que a su vista
más mis ansias se agravaban,
porque a su hermana recuerda
con perfecta semejanza.

SELEUCO

Mira que no engañes, hijo,
al que darte vida trata.

ANTIOCO

Señor, la verdad te digo:
recuerda que a mi llegada
partir de nuevo quería,
porque su amor me llamaba.
Pues, si es verdad lo que dices
pienso que remedio aún haya.
¡Pero deja que de nuevo
maldiga la injusta rabia
con que te ofendió mi labio
cuando tan sin culpa estabas!
Sólo te culpo en que tanto
decírmelo dilataras.
Mas aún abriga mi pecho
justa dichosa confianza
de que esas tratadas bodas
por mí Demetrio deshaga.
Mucho Demetrio me debe:
a mí su interés le enlaza,
y se alegrará de ver
que mas vínculos nos atan.
Como me dio a Estratonice,
así te dará a su hermana,
ufano si a padre e hijo
ver logra unidas entrambas.

ANTIOCO

¡Ojalá que aun tiempo sea!

Y por que veas que te habla
la verdad el labio mío,
te pido que su tardanza
hoy con la reina celebres
tus bodas tan dilatadas,
y yo a buscar a mi esposa
ledo partiré mañana.

SELEUCO

Corro a escribir a Demetrio:
después veré a mi adorada
esposa: ¡ah! ¡cuánto me alegra
ver que no es ella quien amas!
Ven a mis brazos de nuevo;
hijo, me devuelves el alma,
pues, al darte a Estratonice,
el alma misma te daba.

Escena VII

ANTIOCO

¡Ah! ¡que yo mismo me espanto
de lo que acabo de hacer!
¡Apenas llego a creer
que fuera capaz de tanto!
Y, puesto ya en el dintel,
yo propio a entender no acierto,
¡como viendo el cielo abierto,
no he querido entrar en él!
¿Mi padre no me ofreció
a la que mi amor provoca?
Pues ¿cómo la falsa boca
pudo responder que no?
¡Quién desdecirse pudiera
de esa crüel negativa,
que de la dicha me priva
y que mi fin acelera!
Mas, ¿no es tiempo todavía?
A mi padre ir no podré
y decirle: «Te engañé;
»pues me la cedés, es mía.
»Fuerza es que tu hijo reciba
»de tu mano liberal

»la hermosura sin la cual
»es imposible que viva.»
Pero ¿qué digo? ¿qué intento?
¡Mi heroica filial hazaña
así deslustra y empaña
un vil arrepentimiento!
Por ella, cual nunca, debo
estar de mí satisfecho:
no me pese después de hecho
lo que aún haría de nuevo.
Ya del combate la palma
al padre ha ganado el hijo:
yo doy la vida, si él dijo
que en ella me daba el alma.

ACTO QUINTO

ESTRATONICE

Escena I

ESTRATONICE y OLIMPIA

OLIMPIA

Cesad los hondos suspiros,
enjugad el lloro amargo,
que vuestra suerte, Señora,
dichosamente ha cambiado;
el amor que decoroso
ocultó vuestro recato
aun a su objeto, pues era
vuestro deber contrario,
mostrar podéis sin rebozo
como legítimo y santo,
pues en deber lo convierten
los castos nupciales lazos.
Ya vuestro nuevo himeneo
no es de ninguno ignorado,
ni ya más plática se oye
en el alegre palacio:
vengo de oírlo yo propia
de boca de Erasistrato
a quien confiárselo digna

del mismo Seleuco el labio.
Mas a entender no os lo dio,
en lo que me habéis contado,
a vos el rey?

ESTRATONICE

Cara amiga,
De creer aún no acabo
Esta dicha; y es posible
que, después de sufrir tanto,
hoy me vea al fin unida
a mi príncipe adorado?
Persuadirme apenas puedo
la felicidad que alcanzo,
cuando brillar no veía
de esperanza un débil rayo.
Y este amante corazón,
tanto tiempo lacerado,
no resiste la alegría
de tan repentino cambio.
¡Y es cierto!

OLIMPIA

¿Admitir podéis
en Erasistrato engaño?
Os digo que oí yo misma
el fiel relato el sabio.
Él al príncipe dejaba
con el rey su padre hablando:
¿Quién duda que ya le dijo
que le cede vuestra mano?
Es vuestra dicha segura.

ESTRATONICE

Ven, dulce amiga, a mis brazos;
deja que en tu seno vierta
este placentero llanto.

(Aquí llega ANTIOCO y al oír su nombre, se detiene)

¡Y tú idolatrado Antioco,
las congojas y cuidados
que te he causado, no dudo
que me los perdones, cuando
sepas que a este triste pecho
igual amor inspirando,

las mismas penas me cuestas
que a ti mi amor te ha costado!

Escena II

DICHAS y ANTIOCO

ESTRATONICE

¡Qué miro! ¡el príncipe aquí!

Sin duda escuchó.

ANTIOCO

Escuché:

Pero más valiera a fe
que no oyera lo que oí,
señora, pues, si primero
moría desconsolado,
sabiendo que soy amado
ya desesperado muero.

ESTRATONICE

Morir, ¡Señor! ¿Pues diciendo
no os ha estado el rey ahora
que consiente...?

ANTIOCO

Sí, Señora.

ESTRATONICE

Pues entonces no os entiendo.

ANTIOCO

Ni yo me entiendo tampoco,
ni sé lo que he dicho u hecho:
¡Ah princesa! yo sospecho
que me estoy volviendo loco.
Mas el tiempo finalmente
huye en que hablaros es dable;
y es fuerza que villa vez hable
y que calle eternamente.
Ya sabéis si os amo; pero
no podéis ni imaginar
cuánto este amor singular
es grande, profundo, fiero.

Pues bien, amándoos así,
mi padre a m os ofreció,
y dije a mi padre no
y a tal dicha resistí.

ESTRATONICE

¿Qué escucho?

ANTIOCO

Diréis ¿por qué?

Porque os cedió a su pesar,
y yo que le gano a amar,
a ser noble le gané.

Él os ama y os cedía,
señora, a mi amor ardiente
por remediar solamente
mi tormento y agonía.

Mas yo no pude aceptar
sacrificio tan impío,
y, aunque era mayor el mío,
el suyo debí estorbar.

Le aseguré que no amaba
vuestra beldad hechicera,
y que vuestra hermana era
la que mi amor inspiraba.

Él me escuchó como quien
alivio notable siente,
creyéndome fácilmente
lo que le estaba tan bien;
y el excesivo placer
que al oírme demostró
más y más me persuadió
que cumplía mi deber.

Hoy pues gozará felice
vuestra beldad soberana,
y yo partiré mañana
en busca de Cleonice.

ESTRATONICE

¡Atónita me dejáis!

¡Y tanto valor tuvisteis!

Dos vidas a un tiempo heristeis
y también me asesináis.

Tal vez extrañar pudierais
que os hable así; pero ya
sabido el secreto está,
y aun cuando no lo supierais,

me es fuerza hablar finalmente,
antes que, en tanta aflicción,
comprimido el corazón
dentro del pecho reviente.
Sí, la ciega idolatría
que por mí sentís yo siento,
padezco el mismo tormento,
luchó con igual porfía.
El silencio que os ataba
ataba más mi decoro,
y mi reprimido lloro
aquí se trocaba en lava.
Y así imposible os sería,
vuestras penas al decirme,
una sola referirme
que también no sea mía.
Y hoy que ¡destino crüel!
salgo apenas del abismo
de tantos males, ¡vos mismo
me hundís nuevamente en él!

ANTÍOCO

Princesa, por compasión
calle vuestra amante boca,
pues en lo infinito toca
esta desesperación.
Vuestro afecto me asesina
y acrece mi horrible mal:
¡yo soy el blanco fatal
de la cólera divina!
¡Celeste venganza fiera,
saña atroz que te diviertes
en matarme con cien muertes,
mándame al fin la postrera!
Pronto me será forzoso
mi suplicio presenciar
cuando os conduzca al altar
vuestro enamorado esposo;
y el regocijo paterno
en el semblante copiando,
iré en el pecho ocultando
los tormentos del Infierno,

ESTRATONICE

Y así partiréis mañana
dejándome en tal dolor,

y no teniéndola amor,
¿os casaréis con mi hermana?
¡Y querrán también los cielos,
tras estar tan congojada,
que, a mis tormentos se añada
el tormento de los celos!

ANTIOCO

No temáis que tal partida
pueda efectuarse, Señora,
ni que hasta la nueva aurora
dure siquiera mi vida;
después de prueba tan fuerte
es imposible que viva,
y hoy cerrará compasiva
mis tristes ojos la muerte,

ESTRATONICE

Yo a la tumba os seguiré,

ANTIOCO

No, vivid, vivid, Señora,
de un esposo que os adora
pagad la amorosa fe:
pues yo mismo a él os cedí,
hacedlo feliz, amadlo,
de mi muerte consoladlo.

ESTRATONICE

¿Y quién me consuela a mí?
Todo lo pierdo, si os pierdo.

ANTIOCO

El tiempo consolador
trocará el fiero dolor
en apacible recuerdo.
Pedir, para hacer cumplido
el sacrificio, os debiera
que al fin del todo me diera
vuestra memoria al olvido.

ESTRATONICE

¡Daros al olvido! en vano
me lo pidierais.

ANTIOCO

¡Ah! sí:
Pensad sin rubor en mí,
cual se piensa en un hermano.
Vuestra compasión invoco,
y una lágrima piadosa
verted tal vez en la losa
del desventurado Antioco.
Mas ya de vos me despido,
para no perder aun esta
poca fuerza que le resta
a mi pecho combatido.
¡Adiós, adiós, que mientras más, princesa,
miro vuestra hermosura,

más renunciar me pesa
a la vida, al amor, a la ventura!

Escena III

ESTRATONICE y OLIMPIA

ESTRATONICE
¡Príncipe, oíd!... ¡se aleja
y con el corazón despedazado
muriendo aquí me deja!
¿Quién hubiera pensado
que a tan viva alegría
tan terrible dolor sucedería?

OLIMPIA
¡Qué nuevo cambio el hado os reservaba!

ESTRATONICE
Antes al menos, del deber esclava,
cual víctima al suplicio,
marchaba resignada al sacrificio.
Mas, después que abro el pecho a la esperanza
después que esposa ya me considero
de mi adorado Antioco,
tras tanta dicha de repente toco
¡el desengaño más terrible y fiero!

OLIMPIA
¡Cuánto más os valiera

que no abrigaseis la esperanza amada
que os había de hacer más desgraciada,
y no ganarais a tan dulce amante
sólo para perderlo en el instante!

ESTRATONICE

¡Oh ley de la mujer dura y acerba!
¡Siempre del hombre sierva,
nunca manda en su pecho y en su mano,
y es su destino odioso
el que un padre tirano
la entregue al lecho de un odiado esposo!

OLIMPIA

Callad, Señora: serenad el rostro,
lágrimas enjugad, cesad suspiros,
y reprimid congojas y pesares;
que pronto vuestro esposo a conducir
vendrá del himeneo a los altares.

ESTRATONICE

¡Deja que el labio mi tormento diga,
que hartos tiempos callé; déjame, amiga,
que al reprimido lloro
suelte por fin la rienda largamente!
Pues este llanto que a los ojos niego
y en silencio devoro,
torna de nuevo a su profunda fuente,
trocado en mar de devorante fuego.

OLIMPIA

Por aliviar vuestro crüel quebranto,
diera la vida la que os ama tanto

ESTRATONICE

¡Ah! si de veras me amas, en mi seno
clava puñal agudo,
o dame, amiga, un rápido veneno
que me liberte del odiado nudo.
Si, enamorada de otro,
con el rey me casaba a mi despecho,
hoy que a Antioco enlazada me creía,
ya de Seleuco el lecho
me es más odioso que la tumba fría.

OLIMPIA

Mas recordad, Señora, que el monarca
al príncipe os cedía
por libertarle de la fiera parca,
y que solo del príncipe engañado
hoy vuelve al himeneo abandonado.

ESTRATONICE

Verdad, amiga, dices:
sólo quejarme puedo del destino:
Sí, todos somos del furor divino
las víctimas sin culpa e infelices.
El cielo, el crudo cielo se recrea
en inspirarnos este amor demente,
para que nunca satisfecho sea
y sin cesar tres almas atormente.

OLIMPIA

Recobraos un tanto,
secad, secad el llanto
que nubla ardiente vuestra faz divina
que aquí el rey sus pisadas encamina.

Escena IV

DICHAS y SELEUCO

SELEUCO

¡Con qué placer, dulce esposa,
a vuestra presencia vuelvo
y vuestros encantos miro
sin el temor de perderlos!
Si antes os dije, Señora,
que batallaba suspenso
entre guardaros o daros
a un hijo de amor enfermo,
ya por él desengañado,
a mi destino agradezco
que no se oponga mi dicha
a la del que tanto quiero.
Todo era falso, y él mismo
me desengañó al momento,
diciendo que vuestra hermana
era de su amor el dueño.
Ya pues de escribir acabo

mis cartas al padre vuestro,
la mano de Cleonice
para mi Antioco pidiendo.
Él quiso que hoy sin tardanza
nuestras bodas celebremos,
a fin de partir mañana
en busca de otro himeneo.

ESTRATONICE

(A OLIMPIA)

¡Quién hablar pudiera, amiga,
y descubrirle lo cierto!

OLIMPIA

Disimulad vuestras ansias
pues ya no tienen remedio.

SELEUCO

No me respondéis siquiera
señora: ¿pero qué veo?
Recientes huellas de llanto
en vuestro rostro contemplo.
¿Qué súbito mal, qué causa
nubla así ese rostro bello?
Romped al fin las prisiones
de ese obstinado silencio:
Decid, ¿qué tenéis, Señora?

ESTRATONICE

Yo, Señor, yo nada tengo.

SELEUCO

Vuestra voz, vuestro semblante
todo, os está desmintiendo.
¿quizá me seguís al ara,
señora, a despecho vuestro?

ESTRATONICE

¿Qué decís? Señor, vos solo
sobre mí tenéis derecho:
del padre que a vos me dio
en vos acato el imperio,
mandad: que tan solamente
me toca a mí obedeceros.

SELEUCO

¡Así sólo a la obediencia
vuestra esclava mano debo,
y como víctima triste,
vais al altar de himeneo!
¡Qué es esto, cielos tiranos!
¡Apenas me considero
de una confusión ya libre,
nueva confusión padezco!
¿Dónde está el príncipe? Importa
que con él hable de nuevo:
Llamadle al punto, que acaso
él aclare este misterio.

Escena V

DICHOS y ERASISTRATO

ERASISTRATO

Presa del mal tirano,
que como nunca le asaltó violento,
al príncipe infeliz dejo cercano
a dar, Señor, el postrimer aliento.

SELEUCO

¿Qué dices?

ESTRATONICE

(¡Ay de mí! su fin me mata.)

SELEUCO

Ha un breve instante que le dejo ufano.

ERASISTRATO

Muriendo queda, y es su amor insano
el que la tierna vida le arrebató.

SELEUCO

Pues ¿qué amor?

ERASISTRATO

El que os dije.

SELEUCO

Y por qué, cuando

a la reina yo mismo le brindaba,
¿por qué me respondió que no la amaba,
con otro amor sus penas explicando?

ERASISTRATO

Allí, Señor, se muestra
su heroico esfuerzo y su virtud sublime,
pues su pasión reprime
por dar vida a la vuestra.
Él vio que vos la amabais,
que al suyo vuestro amor sacrificabais,
y mostrándose digno de tal padre,
al devolveros la cedida esposa,
os compitió la palma generosa.

SELEUCO

¡Ah! no perdamos tiempo tan precioso,
y vos, Señora, suspended el llanto,
porque a traeros voy a vuestro esposo.

Escena VI

ESTRATONICE y OLIMPIA

OLIMPIA

Parece en fin que el hado,
que ya se mostró crudo, ya piadoso,
dar quiere a vuestro duelo dilatado,
tras tantas ansias, el final reposo.

ESTRATONICE

¡Ay! que en la duración de un solo día
tantas mudanzas me previno el cielo,
que con justo recelo
aún en tal dicha el corazón no fía;
y no sé si este cambio lisonjero
será de tantos cambios el postrero.
¿Mas qué digo? Quién sabe
si en este instante, el de su muerte toca
mi príncipe adorado?
¡Oh triste objeto de mi llama loca!
¡Volar pudiera de tu lecho al lado,
y a la vida volverte
con el aliento de mi amante boca

o morir en tus brazos de tu muerte!

OLIMPIA

Venir al rey y a Erasistrato miro,
y con ellos al príncipe.

ESTRATONICE

Respiro.

Escena VII

DICHAS, SELEUCO, ANTIOCO y ESTRATONICE

SELEUCO

Llega a su dulce presencia
con ella casado estás;
y por que no opongas más
una inútil resistencia,
y aun quieras negar tu llama
por guardar a un padre fe,
fuerza es que sepas que sé
que la reina también te ama.
Bien comprenderás ahora
cuán imposible ha de ser
casarme yo con mujer
de quien sé que a otro hombre adora.
Con tus crüeles dolencias,
congojas, silencio y llanto,
harto me probaste cuánto
me amas y me reverencias.
Hoy en la reina mirando
tu vida, dicha y sosiego,
que me la aceptes te ruego,
y si no basta, lo mando.

ANTIOCO

Venciste, padre del alma:
pudiste al fin más que yo,
y tu mano me arrancó,
de la victoria la palma.
Acepta el alma rendida
la ventura que le ofreces,
y confieso que dos veces
te debo, oh padre, la vida.

(Cae a los pies del rey)

ESTRATONICE

(Arrodillándose también)

A vuestras plantas dejad
que agradezcamos los dos,
como ante el ara de un dios,
tanta magnanimidad.

SELEUCO

Alzad, alzad, hijos caros;
venid, que con nudo estrecho
ansían a mi amante pecho
mis brazos encadenaros.
mucho me costó vencer,
no os lo niego, tanto amor;
mas se pierde mi dolor
en un celestial placer.
Al mirar vuestra alegría,
yo también feliz me siento
y me digo: este contento,
esta dicha es obra mía.
Y para hacer más patente
el cariño con que os miro,
hoy la corona de Tiro
ciño a vuestra noble frente.

ANTIOCO

¡Padre!

ESTRATONICE

¡Señor!

ANTIOCO

¿Quién pagar
podrá?

SELEUCO

No se hable más de esto:
vamos hijos, vamos presto,
pues os espera el altar.
(A ERASISTRATO)
Y a mi buen Erasistrato,
cuya ciencia y lealtad
me descubrió la verdad,
¿Qué le dará un pecho grato?

ERASISTRATO

Por mérito tan pequeño,
otra merced no pretendo
que la de seguir sirviendo
a tan generoso dueño.

FIN